

ORIGEN DE LA ORDEN DEL HACHA



ON un título más que añadir a su grandeza: el de Marqués de Tortosa. Ramón Berenguer IV, para quien la Providencia parece afanar de laureles de victoria el camino de su existencia, sigue en hazaña cabalgado a redimir nuevas tierras. La fecha de su ejército apunta a Lérida, la que se propone conquistar.

Mientras Tortosa se sumerge en el grito de su liberación. En el lugar que ocupaba la mezquita edificada en tiempos de Abderramán II empezase a construir la Catedral. Ya en sus telares, de justa tinta por sus primeras producciones, no se iban fucos para almohadas y alfombras de lanas moras. Ya los poetas de las cortes de El-Andalus cantan con nostalgia las bellezas del vergel en el Ebro el Mogaba perdiera.

Pero el Islam, ensayo de resistencia, no se resigna a la pérdida de Tortosa, y apresura un ejército para apoderarse nuevamente de ella, aprovechando la favorable coyuntura de huirlos desguarnecidos y contando con la complicidad de los moros habitantes de la Aljama tortosina. Es un amanecer del 1148. La noche melancólica pone candelas vaporesas sobre las tierras bajas del valle, pero a medida que el sol se despegara por Coll del Alba producen transparencias en el ambiente que dejan vislumbrar la presencia, entumecida de la ciudad, de una poderosa fuerza sermonea. Sus blancos albornoces son como machas de alcanfor sobre el paisaje polvoroso de la vega. El rol seco fulgurante destellos de sus corvas coronas. Precedidos de sus agujeros, avanzan los guerreros alimatas, brillando en el negro estuche de sus cotos un alán humilde de desquite y de venganza. Y porren cerco a la población, la que esperan rendir pronto.

Ante el peligro, late el corazón del pueblo, vibra la cuerda sensible de su patriotismo, despierta el espíritu indomable de su estirpe. No en vano son hijos de esta raza hispánica que ha sembrado el mundo con sus legiones de héroes y santos, místicos y místres, sabios y consensadores. Llegado hasta alimbrar un nuevo mundo para la Humanidad. Representantes de la nobleza del clero, de los gremios artesanos y del pueblo llano, gentes en su mayoría más diestros en las industrias y regallas de la paz que en el oficio de las armas, acuerdan defender la ciudad a todo trance. Y mienstras Tortosa rechaza con heroísmo los acometidos asiracales, empuñan tortosinos — mensajeros de la esperanza — siguiendo caminos de trecha, descendiendo vaguadas y remontando cerros, van en demanda de socorro a su señor el Conde Ramón Berenguer: a la sazón empuñado en la conquista de Lérida. Pero el Conde dice no poder ayudarlos de momento, pues haría maliciar de sus fuerzas todas en empresa de tanta monta como la que está a punto de iniciar.

Las huestes de Mahoma continúan a los bravos defensores de Tortosa a rendir, pero la decisión inequívoca de defenderse hasta morir dicta la respuesta:

—Mostrame el Conde, que Dios guarde, vendrá en nuestra ayuda. Dios hará que vuestras plantas no pisen como vencedores el guijo de nuestras calles; porque Aquel que da y quita la fuerza y el poder, y humilla a los soberbios y ensalza a los humildes. Aquel que es omnipotente sobre todas las cosas, desparará vuestra hueste como el viento esporea la arena en el desierto.

El despecho del moro se vierte en postera amenaza:

—Perros cristianos: os humillaremos aplastando la frente con nudos tras babuchas.

La lucha alimbrarse caracena épica. Los cantos himnicos al valor y al heroísmo hubieran tenido igualmente plena justificación si hubieran sido inspirados en la bravura con que los tortosinos defendían su tierra, su libertad, sus creencias. Pero han apostado casi todas las posibilidades de resistencia. Los vivieres fallan, los físicos, con su ciencia primitiva, no alcanzan a curar los muchos heridos; escasea la ropa con que preparar hilas y vendajes para tanta humanidad doliente. Y como si hasta la Naturaleza sintiese el dolor de la ciudad martirizada, en las hojas de los árboles tiemblan gotas de rocío que son como lágrimas del cielo llorendo por los sufrimientos de sus hijos de Tortosa.

En tan difícil trance, falida la esperanza del socorro del Conde, los hombres se reúnen en asambleas patrióticas y acuerdan emular a los de Segunto y Numancia. Mantén a sus mujeres y a sus hijos, destruyeron cuanto pueda ser de algún valor y saldrán a campo libre contra el enemigo para morir matado. Pero aunque se prometían no revelar, de momento, tan tremenda determinación, parece trascendido el acuerdo, y una hembra valerosa y decidida reúne en una iglesia a las mujeres y les expone el propósito de los hombres. Luego, presentándose ante estos, les prometen que si han de caer en manos de los moros, se darán muerte por su propia mano; pero creen que antes de recurrir a tan extrema medida, hay que apelar, además de la fuerza, al ingenio, pues ambos en común pueden, con ayuda de Dios, salvarlos. Ellos ven del parecer que unas cuantas heroínas simulasen desear de la plaza e hiciesen correr entre los mulimanes la voz de que el Conde había logrado, que noche y por caminos secretos, introducir re-fuerzos en la plaza, mientras ellas acudían a las fortificaciones con cascabeles, corazas y otros aprestos militares, a más de utensilios domésticos que a distancia pudieran parecer u como como objetos ofensivos, a cuya vista y ruido quedá se asombraría el enemigo.

Así se convence. Y en el amanecer de un día histórico, las valerosas matronas de Tortosa, llenas de ardoriento, invaden los campos de ronda en las murallas, y en el castillo de la Zuda los patos de armas, torreses y barbacanas se cubren de lucicelas que hacen relucir ergásticamente los innumerables objetos metálicos que van provistos, armando un gurgir de voces y golpeo de unos metales con otros, que la estruendosa turba efec-to. Se oye exclamar en el campo moro:

—¡Mort! En las almenas de los muros cristianos, sus guerreros son tan numerosos como los gorriones sobre los árboles en primavera.

Y en el fatalismo de su raza encuentran una justificación a la quebra de sus ilusiones:

—¡Ahá es grande, e inescrutable son sus designios.

Al mismo tiempo, los hombres, enardecidos con el ejemplo de las muje-

res, salen como torrente desbordado por los portales de la ciudad y se lanzan con ímpetu suicida sobre el asombrado enemigo, y en la suble litora de su heroísmo, matan, destruyen, pisotean, derriban cuantos obstáculos se les oponen. Ellos, los tortosinos, tampoco en la batalla cuentan sus enemigos sino después de muertos. Por doquier oyense imprecaciones y gemidos. Tortosinos lambrándose propugnan en las últimas sombras vespertinas el acuerdo del campamento mulimán. De nada sirve que algunos jefes intenten retener a sus desafortunados huestes y evitar la desbandada. Ésta se produce. El terror pone alas en los pies de la morisma, que en su huida esahura de despojar el campo de batalla. Su derrota es completa. El marcial estruendo se apaga — se apaga — hasta que se hunde definitivamente en el silencio. Y los heroicos tortosinos, ebrios de triunfo, cansados los brazos de tanto matar y las piernas de tanto perseguir, insomnes, jadeantes, los portales de la ciudad, entre lágrimas de alegría y cenizas de victoria.

La leyenda refiere que mientras extramuros de la plaza se luchaba con denuevo, se exculpación de moros ataca con furor el portal de San Cristóbal, que en la víspera del momento, había quedado casi desguarnecido, y cuando parecía inminente su entrada por ella en la ciudad, apareció un ángel te peregino (romero) que les acometió, y con la fuerza de su poderoso brazo les rechazó. Según la tradición, el peregino era, como en Cádiz, el Abad de Santiago. De allí que en dicho portal se ensayara después su imagen.

La ley y el patriotismo de los tortosinos obtuvieron el premio merecido. Ya los saracenos no enviarán — como en otras partes hicieron — carros cargados con cabezas de cristianos a sus reynados; como mandaron torcos de victoria, ni las doncellas tortosinas secarán de lágrimas las fuentas de sus ojos ni el caudavio de los serratos mogrebines. Y en acción de gracias, pediros remera de esta tierra seguirán tirando con sus pies descalzos los caminos que los peregrinos del mundo cristiano abrieron en las tierras hispanicas para visitar la tumba del Apóstol en Santiago de Compostela.

§ II. Alta de victoria y recuadro gloria regresa la hueste de Ramón Berenguer IV. Los escudos de los caballeros compiten con el sol en su fulgor, y las gimpolas de variados colores ondean orgásticamente colgando de la punta de las lanzas. Carros de triunfo brotan del pecho de aquellos guerreros cuyos hazañas la fama aporrea por los treinta y dos rubios de la rosa de los vientos. Si viese la armaja al Signa los símbolos del Islam, Lérida, Mequenez, Fraga y el Castillo de Cusana son ya tierra redenta.

Todo parece senescer en la Naturaleza. Los jilgueros, ebrios de sol y de aromas competes, emben aligeramente sus trinos, marfilinos en su nacimiento. El cielo ponece distico como el alma del jilgo. Las canciones campesinas, el balido de los ovejas, el cloqueo del aveño, entonan el discordante, pero grandioso himno con que la Naturaleza agradece al Creador el maravilloso don del trabajo y de la vida. El Ebro, con murmullos somnolientos, rinde el prelatuménaje de sus aguas ante los muros de la ciudad querida. La Creación toda parece sumarse al gajo de la patria reconrada. Pero hay algo que empuja la alegría del regreso del Conde. Los tortosinos vienen dando su orgullo y deñudada su lealtad por el abandono en que se esbarban las dejó en tan tremenda coyuntura. Por esto no se le recibe con

arcos triunfales, ni repican en su honor las campanas; las banderas de los gremios y estamentos de la ciudad no flamen al viento su alegro de fiesta y homenaje, ni las hogueras nocturnas — colubraria introducida por los árabes en la Península, como signo de repulso — reflejan en las paredes las sombras ohnecas del contenido ciudadano.

Dice que al Conde le prohibieron análogamente la entrada en la ciudad, y el requerir a los tortosinos para que explicaran su actitud negando el paso a su señor, que los liberos del poder agereno, le contestaron:

—Vos nos abandonasteis en el más grande peligro, que conjuramos con la ayuda de Dios, amén del valor e ingenuo de nuestras mujeres. Y pues vuestra empresa estaba en otros metásteros, aquí en la paz de Dios el camino de vuestra gloria, que el nuestro, humilde y recto, haría sabemos camillar en ayuda ajena.

La actitud tan digna como justificada de los tortosinos le llegó al corazón al Conde, tan de ways intrínseco a lo justo y queriendo mostrarse conciliador y recuperar el amor de tan valientes súbditos, fuyeron de su pródigo mano mercedes y privilegios e instituyó a Orden del Hacha, como premio al valor de las mujeres tortosinas. Finalmente, el 26 de Noviembre de 1148, otorgó a tortosus su famosa Carta-Puebla, la más liberal de cuantas concedieron los Condes soberanos de la marja hispánica.

§ III. Lector tortosino: Si alguna vez place las históricas leales de Santa María de Ripoll, detente ante el cenotafio de aquel precioso Príncipe de la Cristiandad que por sus prendas y virtudes entró en la inmortalidad por la puerta de los dogmas: Ramón Berenguer IV, Conde de Barcelona y Marqués de Tortosa y Lérida, y dedícale un piadoso recuerdo, ya que con él nos unen vínculos históricos indolubles. Allí, ante una lápida funeraria, el espíritu filosófico del viajero tiene ocasión de reflexionar sobre el efímero de las humanas grandezas, al ver que tantas las, tantos títulos y honores, caben en el pavoro recinto de un sepulcro.

Hay, los tortosinos, tan añejas y orgánicas de sus tradiciones, demuestran con la celebración del VII Centenario de la Reconquista, que sobre las glorias de su pasado no ha crecido la hiel del olvido. No en vano su abuelaje es la lealtad, su patrimonio, la halagui; su orgullo, la laboriosidad. Tortosa, siempre viva y siempre remanada, ha sabido armonizar la serenidad de un pretérito esplendoroso con las realidades prácticas de su presente, para crearse un porvenir halagüeño merced a su trabajo y a su perseverancia. Esta es su mejor reputación: vivir cara al futuro y mostrarse digno de su glorioso pasado.

S. BLANCH BALAGUER